

Eduardo Galeano

In memoriam

Por Ricardo Pallares

La Academia Nacional de Letras distinguió en 2013 a Eduardo Galeano (1940-2015) con el Premio Día del Libro -una placa artística de Gustavo Serra sobre diseño de Francisco Matto (1952)-. En la ocasión el autor hizo la devolución con un texto vigoroso que aparece en la página electrónica de la institución, titulado *Por qué escribo*, que es una clara muestra de su prosa y estilo que desborda a los géneros literarios más conocidos. Su obra oscila entre la crónica, el testimonio, el mito y la leyenda, el cuento simbólico y la prosa narrativa de énfasis poético, la transcripción y la glosa.

Antípodas de la discursividad de J.C. Onetti, centrado en los asuntos de la condición histórica de los seres y los pueblos postergados, Eduardo Galeano se propone aportar para la emancipación y la esperanza a través de la escritura. Siempre con apoyo en el relato verosímil, la ironía, el esperpento, la crónica, la hipérbole, las siluetas espirituales y políticas, a veces con rasgos de caricatura, de los más diversos personajes involucrados en las demoras y postergaciones seculares, desde el tiempo precolombino hasta nuestros días globalizados y con agenda electrónica.

Testigo del tiempo y de las culturas más diversas, cronista de la cotidianidad más exótica y olvidada, busca en la fuerza de las paradojas y los oxímoros la oportunidad para la memoria y la denuncia. También busca la oportunidad de mostrar los contrastes violentos y el pintoresquismo para provocar una reflexión que desoculte las trampas de lo ideológico.

No cabe duda que en muchos de sus libros se trabaja especial y progresivamente con lo poético, concretamente a partir de *Memoria del fuego*, con lo que logra resultados sensibles conducentes al redescubrimiento cognitivo y a las iluminaciones comprensivas de lo histórico.

Los paralelismos, repeticiones, inversiones, enumeraciones e imágenes, la comparación, los hipérbatos y metáforas, las transcripciones y situaciones discursivas, y las ricas variantes del punto de vista dan forma a una figuración intensa que no carece de piadosa ternura ni de airada conciencia histórica. Lo hace sin abandonar las formas expresivas más próximas al habla, en alguna vecindad con Mario Benedetti aunque hay diferencias notorias entre los hablantes ficcionales de ambos autores.

Eduardo Galeano, autor de más de cuarenta libros, traducido a más de veinte idiomas, no solo es conocido en el solar norteamericano y europeo sino que a diferencia de otros uruguayos de fama equivalente, es leído y conocido en varias áreas de África y de Asia. Por cierto que en esta difusión es determinante la identidad o proximidad política con otros pueblos que tienen ansias vivas de libertad y padecen las secuelas neocoloniales de sometimiento activo.

Así ocurre con la peculiar *Las venas abiertas de América Latina* (1977), más cerca del discurso político que del literario, con *Días y noches de amor y de guerra* (1978) o *Memoria del fuego* (1982-1986), obras en las que lo literario se adelgaza para dar lugar a la explicitación de las condiciones de las explotaciones históricamente renovadas y abrir paso al debate.

Periodista y director del semanario *Marcha* y de la revista *Crisis*, explorador de la cultura, viajero, cronista del dolor olvidado, comunicador, promotor cultural y político hizo de la lectura expresiva y la reproducción memoriosa de sus textos una acción humanista y humanizadora que reivindicó derechos e igualdades y proyectó luz sobre la historia reciente.

Con apego a las raíces multiculturales latinoamericanas, supo hablar de los sueños, las representaciones religiosas, las creencias, los saberes tradicionales, los miedos y costumbres, los hábitos alimentarios, los folclores y las formas sociales del amor y las heroicidades.

En su prosa de textos breves suenan los nombres de los ríos y de los héroes, de las cordilleras, selvas y sabanas, de los alimentos, las tradiciones, la flora y fauna real e imaginaria. Parece haber dado forma progresiva a una contra epopeya alternativa que también se nutre de las formas del habla española de América.

Su trayectoria tuvo los rasgos indiscutibles de una intelectualidad orgánica y coherente a la que sumó liderazgo, don de la palabra, pasión comunicadora y una difícil forma de la humildad luchadora.